

Editorial

¡Chile Despertó! o la Universidad amanece dormida

Nieto Fernández, Enrique

Universidad de Alicante, Dpto. de Expresión Gráfica y Cartografía, enrique.nieto@ua.es
Director [i2]

Enrique Nieto / enrique.nieto@ua.es / 22.11.19 / Asamblea abierta en USM

Escribo este texto desde una estancia de 6 meses en Valparaíso, Chile. A los tres meses de llegar, el país estalló en un clamor nunca antes visto aquí. ¡Chile despertó! fue el nombre espontáneo que lxs chilenxs dieron a esta explosión de demandas, eventos, marchas pacíficas, disturbios y vulneraciones constantes de los derechos humanos por parte de las fuerzas de seguridad del estado. La razón de este escrito que ahora adapto como editorial fue una invitación a participar en una asamblea que tuvo lugar en la Universidad Federico Santa María. El objetivo era responder a las recurrentes preguntas que me hacen los estudiantes de arquitectura sobre las posibles participaciones de la Universidad y, en concreto, las escuelas de arquitectura en esta crisis de legitimidad que está sufriendo el estado chileno y, por extensión, casi todas las instituciones heredadas de la Modernidad.

Pero en lugar de crisis, que ya presupone un punto de vista del que gobierna, podríamos llamarle despertares del pueblo chileno, en sintonía con uno de los tropos más recurrentes que estamos viendo estos días. Me voy a aproximar a un esbozo de respuesta desde el recurso a tres interioridades que operan o pueden operar en tres escalas diferentes en la Universidad y que, a mi juicio, se constituyen en tres escenarios para la resistencia y para la colaboración activa con las marchas de la ciudadanía.

Una primera escala la constituye la propia Universidad como institución pública. Más allá de si es pública o privada, lo cierto es que por tamaño y extensión, la Universidad opera siempre en el escenario de lo público. Si hablamos de ella como institución -y no hacemos lo mismo con una tienda de zapatos, por ejemplo- es que a ella le suponemos una cierta labor instituyente, una cierta capacidad de instituir realidades alternativas. Sin embargo, durante los recientes acontecimientos en las calles de Chile me ha sorprendido y decepcionado sobremanera el silencio sepulcral y casi unánime de las universidades ¿A qué se debe este silencio?

Estamos en unos momentos en que cualquier persona particular es capaz de salir a la calle y crear una frase sencilla y sin pretensiones, del tipo “paco culiao, cáfico del estado”, en torno a la cual rápidamente se genera una pequeña o gran comunidad de personas que adhieren al mensaje y forman una pequeña comunidad que por unos instantes canta o grita unida un mensaje común que nos representa a muchxs. Y, sorprendentemente, ni siquiera este es un privilegio de los humanos. El quilto Negro Matapaco ha conseguido mostrar una gran capacidad

¡Chile despertó!

Enrique Nieto

<https://doi.org/10.14198/i2.2019.2.01>

de agencia al constituirse, con voz propia, en una voz autorizada capaz también de generar adhesiones y flujos creativos que han capturado su ser y estar en estas protestas contra el gobierno del estado chileno. Pues bien, en estos momentos en los que hasta un perro es capaz de desplegarse con voz propia, la Universidad se muestra incapaz de ofrecer una voz que articule un sentir propio, que organice un mensaje particular y diferencial. Con este silencio la Universidad, simplemente, calla y otorga.

Sin querer hacer un análisis exhaustivo de las razones de este silencio, sí quiero destacar dos aspectos particulares para interpretar este silencio. Por un lado, creo que confirma la transformación en curso de la Universidad en una simple proveedora de servicios previamente negociados por otros. Ni tan siquiera por los usuarios finales. En este sentido se la estaría asimilando a los servicios prestados por una tienda de pan. ¿Hace falta pan? Toma, yo te lo doy. ¿Hacen falta titulados? Toma, yo te los doy. Pero aquí aparece una cuestión problemática, ya que con servicios sencillos, como los zapatos o el pan, es el usuario final el que decide si hacen falta y en qué medida. Hay mecanismos de autorregulación que pueden funcionar sin demasiados controles. Pero no sucede así con la Universidad, donde las familias envían allá a sus hijos porque otros han decidido y han construido la ficción de que solo así hay un futuro posible a la vuelta de la esquina. Y lo cierto es que ese futuro no está garantizado, no tiene una base cierta. Pero es que además esto supone ignorar lo que sucede “al interior” de estos largos años en que los estudiantes están y aprender a ser en la Universidad, y que poco o nada tiene que ver con esta reducción a mera proveedora de servicios finales.

La sociedad del conocimiento con que nos denominamos significa precisamente esto, que el conocimiento ha sido identificado con el capital y manejado como si de capital en exclusiva se tratase, agitando la oferta y la demanda de manera interesada. Solo somos y valemos en tanto que producimos capital, que capitalizamos a unos seres humanos. Estamos en unos momentos en los que “tanto sabes, tanto vales”. También le podemos llamar meritocracia. La utilización del crédito como medida del conocimiento universitario habla también de la traslación de los términos y políticas financieras al ámbito de la adquisición de conocimientos. Pero no podemos olvidar que la Universidad es también un lugar privilegiado para la producción de subjetividades y de aprendizajes ciudadanos. Por su duración en el tiempo y por sus peculiares modos de estar que ofrece, no podemos reducir la potencia del tránsito universitario a la producción de un valor económico fijado fuera. La Universidad tiene un interior que produce diferencias capaces, si se quiere, de instituir realidades otras. Y esto es precisamente lo que el neoliberalismo está desactivando. La universidad tiene su propia capacidad de agencia y la responsabilidad de hacerse sus propias preguntas sobre el mundo y el presente. O así debiera ser. Creo que por eso son los estudiantes los que protagonizan la escena política en las revueltas políticas de los últimos veinte años en Chile. Son ellos los que se sienten partícipes de un tránsito importante, de un momento formativo que reconocen como significativo en sus trayectorias personales...

Pero, ¿y la Universidad?, ¿porqué no se manifiesta? Obviamente hay mucho que callar y mucho que perder. Cualquier corporación que piense en la Universidad como un nicho de

mercado puede dedicarse a lanzar egresados sin pararse a pensar en mayores consideraciones. Además, los modos de financiarse de la Universidad a partir de las ficciones arrojadas sobre las espaldas de los estudiantes y sobre la economía del país hace que estas revueltas pongan en riesgo no el futuro de la institución universitaria, sino de algunos de los privilegios con que el neoliberalismo ha construido la red universitaria chilena.

Este era el primer asunto de los dos que quería mencionar. Por otro lado, no debemos olvidar que el sistema neoliberal no es un devenir casual. No es un accidente. Hablamos de un sistema que se piensa y diseña en el seno de la Universidad y a partir, precisamente, de unos modos de producir realidad, unas epistemologías cuyo exceso de abstracción también produce monstruos como el neoliberalismo. Milton Friedman obtuvo el premio Nobel precisamente por inventar unos modos de estar en el mundo del que ahora nos quejamos. Y lo hizo desde la Escuela de Chicago, en el corazón del país más y mayores afanes imperialistas de nuestra época. Es interesante hacer notar que el neoliberalismo como sistema está funcionando casi a la perfección aquí en Chile, no hay ningún problema con esto. Lo que ha fallado son las previsiones del modelo, la previsión de sus alcances. Son sus promesas de equidad las que no se han cumplido Y es por esto que no podemos olvidar que este modelo arranca de la Universidad en su calidad de institución dedicada, supuestamente, a prevenir que este tipo de problemas que ahora vivimos sucedan. Un modelo que dio por sentados unos resultados para todos. Creo que el silencio de la Universidad obedece en parte a un cierto sentido de la culpabilidad, a un reconocer la fragilidad sistémica de sus epistemologías. Y como universitarios nos cuesta reconocer esto, y por ello es nuestra principal tarea como profesores abrir esta cuestión a nuestro propio cuerpo institucional. No olvidemos también que el neoliberalismo en Chile fue diseñado en una Universidad concreta, la Universidad Católica, desde sus más altas instancias y desde sus más prestigiosos profesores. No podemos dejar de pensar en los Chicago Boys o en el asesinato de Letelier. Escuela de Chicago y Universidad Católica. No sé si somos conscientes de las implicaciones de las instituciones en estos sucesos históricos. No es cuestión solo de Pinochet. Esto sería demasiado fácil. ¿Por qué seguimos hablando de la Universidad Católica como una gran y prestigiosa universidad, sin visitar antes, siquiera por un instante, estos episodios tan poco reconfortantes? Bueno, todos estamos ahí, solo digo que esta cuestión hay que abrirla en el propio seno de la Universidad. Disponemos de un interior para hacerlo Y auspiciarla no por la presión de los estudiantes sino abrirla desde la voluntad de la propia institución para reconocer las limitaciones de nuestras epistemologías y la necesidad constante de repensar nuestra responsabilidad y nuestros alcances.

Por lo tanto, de este primer interior y escala que es la Universidad, destaco estas dos cosas, su progresiva e interesada reducción a mera proveedora de servicios y la fragilidad de sus epistemologías y metodologías para relacionarse con el mundo en que vivimos, con sus objetos de estudio, desde parámetros como la justicia o la equidad, entre nosotros los seres humanos y con todas las entidades que pueblan el planeta Tierra.

Un segundo interior a partir del cual repensar nuestro posible papel en estos acontecimientos lo constituyen los programas docentes. Creo que estaríamos de acuerdo en que las revueltas

impulsadas por lxs estudiantes no se producen como consecuencia de los aprendizajes volcados ni de los contenidos de nuestras mallas curriculares, sino por la comunidad sintiente que forman. Y eso nos lleva a esta segunda cuestión de la que quería hablar, el tema de los contenidos. Creo que se les atribuye a los contenidos y a los programas, una necesidad y, sobre todo, una infalibilidad que es interesada y muy alejada de lo que constituye la realidad. Creo que desde esta supuesta condición ideal se camufla el desinterés de la institución universitaria por pensarnos a lxs profesorxes en nuestra dimensión ciudadana y comprometida. Es sorprendente vernos por un lado marchar a diario comprometidxs con el presente, y sin embargo defendiendo unos programas docentes que nada tienen que ver con lo que está pasando en las calles. Nos han silenciado bajo el pretexto de un nunca verificado cumplimiento de unos fines abstractos, necesarios e infalibles. Y podríamos volver a los Chicago Boys, pero me quedo en algo más cercano. Voy a poner un ejemplo del papel de las asignaturas técnicas, por ejemplo, por no hablar de las asignaturas de taller, cuyas implicaciones políticas son aparentemente mucho más evidentes. Pero así me aproximo a los lamentos de algunxs profesorxs de las asignaturas técnicas. ¿Qué puedo hacer yo, como profesxr de estructuras, frente a lo que está pasando? Veamos. Como arquitecto, yo salgo a pasear y observo los bloques de viviendas “normales” y las torres densas e infinitas de Concón. Para mí se trata de seres amigables en el sentido de que los entiendo en su funcionamiento estructural. Me han enseñado, desde las disciplinas técnicas, a entender sus comportamientos estructurales, a anticipar sus fallos y a valorar sus logros. Aunque pueda detestar los excesos inmobiliarios, estoy enseñado a valorarlos como entidades vivan que están ahí, con nosotros. Puedo cuestionar sus estéticas o puedo disentir de sus criterios constructivos, pero sé hablar de ellos. Sin embargo, cuando voy por los cerros de Valparaíso me asombro ante la presencia desordenada de unas entidades que no soy capaz de entender cómo se sostienen, cómo han aparecido. No tengo criterios de valor ni puedo relacionarme con ellos desde mi disciplina, la arquitectura. No sé cómo se planificaron ni en que momento desaparecerán. Hoy en día ponemos en valor ciertos atributos de esta informalidad, pero lo cierto es que para mí son seres extraños estas viviendas. Ciertamente, son alienígenas. Y esto es porque en mi Universidad me enseñaron a relacionarme desde las asignaturas de estructuras con los bloques y los edificios y no con esas viviendas. Simplemente eran vistas como errores del sistema. No se interpretarlas, solo eso. Creo que, en este caso, unas signaturas supuestamente tan neutras como las estructuras podrían alinearse con los que está pasando simplemente desplazando su foco de unas realidades a otras, sin alterar apenas los contenidos. Se trata, por tanto, de entender la dimensión política de nuestro papel como profesorxs, cada unx desde nuestras respectivas asignaturas. Del sesgo formativo que detentamos, queramos o no. Y de la responsabilidad que tenemos de establecer vínculos con lo que está pasando fuera de una manera más real, constatable y comprometida. Claro que todo lo que se ve en un aula tiene que ver con la realidad, pero podríamos convenir que hay cosas más pertinentes, urgentes y necesarias que otras. Hay elecciones que nos competen. Hay temas que ciertamente dan continuidad al núcleo duro de cada una de nuestras disciplinas, en nuestro caso por ejemplo la luz y el espacio, pero también es cierto que sobre todo dan continuidad a una serie de privilegios adquiridos con los que no queremos enfrentarnos

por miedo a perderlos. Y hay todavía miedo de entendernos también como productores de contenidos, como responsables de nuestras propias preguntas. Debemos reclamar esta responsabilidad y disfrutar de ella e invitar a lxs estudiantes a disfrutar con nosotros de estos riesgos que nuestros programas docentes pueden tomar.

Y en esa senda de los programas recupero también la idea no tanto de la Universidad o los programas como sendas interioridades donde ocurren cosas que se organizan en políticas precisas, sino también de que nuestro mero estar en el aula viene mediada por un conjunto de políticas que organizan la relación entre profesorxs y estudiantes, entre estudiantes y disciplina, entre estudiantes y lo que admitimos como formas de conocimiento, etc. Este sería, para mí, la tercera escala o tercer interior que repensar para un mejor estar juntxs en la Universidad y desde la Universidad. Ese potencial creativo del aula como interior también debería interpelarnos porque es en esa especial convivencia donde la universidad maximiza su potencial como fábrica de subjetividades. Términos como las pedagogías desobedientes o las pedagogías críticas, aluden precisamente a esta dimensión fundante de un estar juntos donde se ensayan por ejemplos formas de complacencia o de disidencia, formas de autoridad o de resistencia, formas productivas o reproductivas de conocimiento. No olvidemos que nuestra preocupación sobre la pedagogía de la arquitectura no tiene que ver con cómo maximizar los efectos de nuestra enseñanza en términos de eficacia maquínica, sino precisamente con cómo mejorar el caudal político e instituyente de lo que enseñamos y de lo que puede ser aprendido por medio de la experiencia, que lo es, de nuestro mutuo convivir en el aula.

Creo que desde estos tres silencios, tres escalas o tres interiores desprovistos de sentido progresivamente por el neoliberalismo encarnado en las políticas y los cuerpos físicos, las personas que estamos en la Universidad y en las instituciones formativas en general, se puede entender mejor este adormecimiento que se le suponía al pueblo chileno. Adormecimiento que sería el resultado de unas políticas docentes que han intentado maximizar la eficacia económica y procedimental de los órganos formativos en detrimento del vaciamiento político y afectivo de todxs los que transitamos por sus tejidos y de la posibilidad de estos órganos para instituir realidades alternativas a la que tenemos. Y es desde esta reflexión que afirmo que hay mucho, muchísimo que podemos hacer para un mejor participar desde la Universidad en estos disturbios o, como decía, despertares que están aconteciendo en un “ahí fuera”, que en realidad es un “ahí dentro” que también actúa a modo de laboratorio donde ensayar formas alternativas y por supuesto conflictivas de sociabilidad. De ahí su radical dignidad y el radical respeto que se merecen, que nos merecemos todxs cuando marchamos.

Solo así merecerá la pena decir en público que estamos o hemos estado en la Universidad.